Ramón de la Vega

Tres poemas

Límites

No son los límites
sino las formas
que éstos adoptan,
lo que despierta nuestras pasiones,
refleja nuestras necesidades,
da de qué rumiar
a lo que cada uno
llevamos en esa herida
que es el alma.
No son los límites,
sino su naturaleza
cambiante
y su oscura estrategia
lo que devora nuestros sueños
y da forma a nuestras desgracias.
No son los límites
sino la fantasía
que desprende
toda negación o carencia,
lo que alienta
el deseo de cruzar
y llegar más lejos,
de entablar batallas
de las que nace esa particular
devoción por el infinito
en la que más tarde,
atrapados en el corazón
de nuevas experiencias,
buscaremos el único aliento
que realmente nos importa.

Noche

El último frío de la noche
antes del amanecer desveló
en ella la triste certeza
de que ni siquiera aquel abandono
de tantas horas había triunfado
sobre el oficio de la oscuridad.
Creyó haberse entregado, y ahora
que el amanecer se anunciaba
a través del nervioso movimiento
de las aves y un aire prudente agitaba
el mundo invisible de la noche,
comprendió que la oscuridad
no había cerrado ninguna puerta,
que no había sido el fin sino el comienzo,
y detenida en ese otro horizonte
interior desde donde acechó
durante horas que la oscuridad
le permitiera finalmente despedirse
de sí misma, sintió desprecio
por su ingenuidad y maldijo
el éxtasis con el que ella misma
había previsto su hundimiento:
¿cómo pudo olvidar la humillante
indiferencia de la realidad?

Fatiga

Esa fatiga que es como el miedo
o ese miedo que es
como una punzante fatiga,
esa lucidez del peso, ese clima
que un instante de debilidad
puede crear en torno a nosotros
desencadenando la niebla
palpable del abandono, el aroma
o la furia de una negación. Esa fatiga
que merodea las vigilias y escuchamos
gotear lentamente en el sueño,
que nos hunde y sin embargo
no nos elimina, esa imperdonable
lejanía del trabajo de ser
que veníamos realizando
desde hace tanto. La fatiga
cotidiana, la fatiga que inventa
su peculiar metafísica
contra el cuerpo y se sirve
de nuestra mansedumbre
ante el naufragio,
que trata de confundirnos
sobre lo que somos,
que nos vigila y nos acecha,
que cobardemente aguarda
a nuestro hundimiento
para imponernos sus razones
y devorar nuestros impulsos.
La vieja, la ineludible fatiga
insatisfecha y animal que se incuba
en la raíz del deseo, que nos niega
y se inventa, que avanza a través
de nuestra desnudez como un reptil
buscando el cielo de la conciencia
para convertir cualquier esperanza
en una mera colección de sombras.